

El Pabellón de la Santa Sede en la Exposición de Sevilla: «Expo-92»

J. J. MARTÍN GONZÁLEZ

SUMMARY

The Vatican Pavilion at the 1992 World Fair of Seville, «Expo 92», was devoted to explain the evangelization of America, illustrated with works of art, books, and maps brought from different collections and archives. The Pavilion gathered a great deal of materials, ranging from creations of great artists to specimens of popular art.

The exhibition payed attention to cultural and geographical aspects of evangelization, and showed grammar and vocabulary books beside examples of cartography. The scope of faith, with Christ as protagonist, was represented by a series of masterpieces by El Greco, Caravaggio, Murillo or Goya. Besides, it also had a memory to principal names related to the discovery, and to the activities of evangelization carried out by ecclesiastics and missionaries, with the exhibition of documents, plans, paintings, sculptures and gold and silver works.

La llegada de la expedición española del Almirante Cristóbal Colón a América en 1492, ha dado pie a unas conmemoraciones, tales como congresos, reuniones científicas, actividades deportivas y muy especialmente exposiciones. Entre ellas ha alcanzado la cumbre la Expo-92, celebrada en la ciudad de Sevilla. Los diferentes pabellones han protagonizado la exhibición de objetos de toda índole, pues tocaban la industria, la agricultura, la tecnología, el arte, de los diferentes países. Puede decirse que la mayoría de los pabellones daban acogida a un material que poco o nada estaba en relación con la efemérides conmemorativa. El organizado por la Santa Sede, por el contrario, ha tenido inequívoca intencionalidad: dar cuenta de la Evangelización del continente americano. Ha habido la suficiente valentía como para afrontar un planteamiento que, sin duda, ofrece animosidad de ciertos sectores. Pero se ha sido consecuente con el propósito de la

institución madre de la Iglesia. Por otro lado, más que la presentación de alegatos, el discurso ha radicado en el ofrecimiento de testimonios fehacientes, porque en definitiva se trataba de una exposición.

El pabellón fue diseñado por el arquitecto don Miguel de Oriol e Ibarra, quien al mismo tiempo dirigió su construcción. El edificio está concebido con clásica regularidad, acudiendo a un sistema de abovedamientos de cañón y arcos de medio punto, que aportaban una concepción renaciente. El arquitecto D. Pablo Puente se ocupó de la estructuración del espacio, con objeto de distribuir el recipiente en varios niveles, para lograr una ocupación total, ya que la exposición sumaba 255 ejemplares. Doña Eloisa García de Wattenberg dirigió el montaje de las piezas haciendo conciliable el sentido didáctico con el estético. Monseñor Mario Tagliaferri, Nuncio Apostólico en España, fue el Comisario General. Hubo un equipo de redacción para el Catálogo, cuyas fichas han sido realizadas por un nutrido grupo de especialistas. El Catálogo ha estado a la altura de esta magnífica exposición*.

El objetivo es puramente histórico, pero correspondiente a una finalidad de la inás clara definición: la Evangelización. Por esta razón se ha meditado detenidamente el esquema organizado a base de doce capítulos, encabezados por sugestivos títulos. Hay, pues, una trama, en la que el discurso tiene sus introducciones a lo largo de los capítulos y un material gráfico, compuesto por obras de arte, libros y planos. Todo el material era original, traído de museos, archivos y colecciones de América y Europa. El Vaticano ha prestado eximias obras, lo mismo que España. Ha habido gran calidad en las obras, en ocasión de eximios maestros (Caravaggio, uno de ellos); pero también se ha acudido al arte popular, por cuanto era a representación lo que interesaba.

La implantación de la doctrina cristiana en América es algo más que un hecho religioso. Lo evidencia la conducta de los misioneros, que estuvieron en contacto asiduo con el pueblo. La Evangelización no suponía ciertamente una cultura, sin embargo era portada por hombres integrados en una cultura, la occidental. Religiosidad y culturalización fueron inseparables. Los misioneros actuaron como educadores. Hubiera sido impensable acometer la tarea que suponía hacerse entender con los pueblos naturales, sin penetrar en los entresijos de sus propias culturas. De modo que la primera tarea era el estudio de las costumbres, de los medios de comunicación y muy señaladamente del idioma. La filología tiene mucho que ver en la empresa evangelizadora. Los misioneros estudiaban las palabras y la pronunciación, buscando sus equivalencias con el castellano que traían de la Península. Fue inmensa la tarea en el estudio de las lenguas indígenas. En la exposición este aspecto religioso y cultural estuvo presente por la posibilidad de contemplar un rico repertorio de estudios gramaticales y léxicos, habitualmente bilingües, por cuanto los misioneros primeramente se aplicaban al conocimiento de la lengua del pueblo al que trataban de acceder. Lo que se editaba hacía referencia a catecismos, manuales para la confesión y la recepción de sacramentos, pero con la base imprescindible de la gramática del vocabulario.

Alonso de Molina llegó con sus padres a Nueva España, donde prontamente aprendió el idioma de los indios. En la ciudad de México publicó en 1555 su *Vocabulario en lengua*

* La Iglesia en América: Evangelización y Cultura. Pabellón de la Santa Sede. Exposición Universal de Sevilla, 1992. 343 páginas, Catálogo impreso en Madrid, por Jormar, S.A.

castellana y mexicana, que contiene miles de vocablos de ambos idiomas, lo que proporciona la base más sólida para el entendimiento entre los misioneros y los indios. Fray Domingo de Santo Tomás se dedicó a tarea misional en el Perú. A él se debe la *Gramática o arte general de la lengua de los Reinos del Perú*, que vio la luz por primera vez en Valladolid; ofrece dos vocabularios, uno castellano-quechua y otro quechua-castellano, de forma que pudieran emplearse indistintamente por cada comunidad humana. Un Padre jesuita publicó en 1699, en Madrid, un vocabulario de la lengua «morocosi», que hablaban los indios moxos de la cuenca amazónica de Bolivia. En Lima, el año 1702, se imprimió el *Arte de la lengua moxa*, con vocabulario y catecismo, obra del Jesuita Pedro Marban. El también Padre jesuita Ludovico Bertonio ejerció su ministerio pastoral en los reinos del Perú. En el año 1612, se imprimió su *Vocabulario de la lengua aymara*, «en la casa de la Compañía de Jesús de Juli, pueblo en la provincia de Chucuito», por el impresor Francisco del Canto. Del celo investigador de los Jesuitas ejemplifica asimismo el libro publicado en 1640, en Madrid, por el Padre de la Compañía Antonio Ruiz de Montoya, titulado *Arte y vocabulario de la lengua guarani*. Todos estos libros testifican el cumplimiento de las reales órdenes que exigían que la evangelización se acometiera usando las lenguas de los nativos americanos.

La extensión geográfica de América es otro de los factores que han de entrar en consideración. Los misioneros no se arredraron ante las enormes superficies, muchas de ellas boscosas, donde implantaban los poblados. Por esta razón la cartografía ocupó lugar importante en la exposición.

Los Padres Capuchinos extendieron su misión por tierras de Nueva Andalucía (Venezuela). Un plano de 1660 presenta el territorio de la misión de Cumaná, delimitado por el Río Orinoco, los Llanos, Barquisimeto, Caracas y La Guaira. También se establecieron los franciscanos en Venezuela. En un plano de 1647 se fijan las misiones entre Cumaná y Caracas. El sencillo diseño marca las ciudades (una de ellas Barcelona), detallándose la ubicación de los poblados indios, individualizados por sus nombres. Hay mapas de extremada precisión, como uno de 1764, correspondiente a La Plata, donde figuran las misiones de los Jesuitas en el territorio de los moxos y chiquitos. Con bellísimo trazo se marcan las inflexiones del río de la Plata y de sus numerosos afluentes. Las Reducciones del Paraguay quedan reflejadas en numerosos testimonios. Se exhibió un plano de los Pueblos y Haciendas de estas Reducciones o misiones de Jesuitas. Han de mencionarse testimonios italianos, como el libro de Ludovico Antonio Muratori, impreso en Venecia en 1752, titulado *Il Cristianesimo felice nelle Missioni de Padre della Compagnia di Gesu nel Paraguai*. Pero aquella aventura tuvo también sus sacrificios, ya que varios misioneros sufrieron el martirio. De ello informan los grabados que están incluidos en la obra del jesuita Mathia Tanner, que lleva por título *Societas Jesu usque ad sanguinem...* Praga, 1675. Entre los jesuitas inmolados figuran el criollo Roque González y los españoles Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo. De la tarea civilizadora de estas misiones ofrece muestra el plano elaborado por José Sánchez Labrador, en que se aprecia el sistema en cuadrícula impuesto por los españoles en el territorio americano.

Los mapas seleccionados hacen referencia a la evangelización, pues los de carácter urbanístico y militar constituyen muchedumbre en los archivos de Simancas y de Indias de Sevilla. Pero figuraron asimismo planos de edificios religiosos. Descollaba el alzado de la

iglesia del convento de Santa Teresa, destinado a la ciudad de Valladolid de Michoacán en el más puro estilo neoclásico.

Seguir el propio itinerario de la exposición, y por tanto del Catálogo, es lo más aconsejable para poder estimar el verdadero significado de la evangelización.

Primera cuestión: ¿por qué la Evangelización? Si de lo que se trataba era de explotar materialmente el Nuevo Continente, el hecho religioso parecía tarea ociosa. Y muy opuestamente representó el fondo trascendente, la razón última para los que tenían el objetivo orientado hacia el espíritu. De ahí el primer capítulo intitulado «Un mensaje redentor». Estaban presentes las bases de la fe cristiana, a través de obras del arte universal. La planta baja cobijaba en su núcleo central una serie de piezas que encerraban los motivos esenciales de la fe. Ocupaba el centro un ciborio, provisto de relieves cercanos a 1475, de aquel gran conjunto erigido por el Papa Sixto IV y que estuvo en la Confessio de la antigua basílica de San Pedro de Roma, antes de que fuera derribada para ser reemplazada por el templo de Bramante y Miguel Ángel. Los relieves efigian el martirio de San Pedro, la degollación de San Pablo, la Entrega de las llaves, la curación del paralítico y la caída de Simón Mago. Representan la Iglesia del martirologio, la de la misión profética, es decir, la decisión de Cristo de poner en sus Apóstoles el mensaje de salvación. Cristo ha dado pruebas de su máximo poder, al obrar milagros ante los ojos atónitos del pueblo. Así la Pesca Milagrosa, según tapiz flamenco siguiendo cartón de Rafael. Pero Cristo es la sublime víctima, sin cuya pasión y muerte hubiera resultado una evangelización de escasa credibilidad. A través del *Expolio* de Dominico Greco se aprecia toda la capacidad de sufrimiento del Señor, con unos ojos húmedos que son toda una súplica al Todopoderoso. Y soporta los ultrajes y befas en el *Prendimiento*, tal como lo ofrece el pincel de Francisco de Goya. Ha subido a la cruz y no muestra rencor, sino que dialoga tiernamente con los seguidores (*Cristo de la Clemencia*, de Martínez Montañés). Tras la muerte, viene la preparación del Entierro. Lo refiere Juan de Juni, a través del magno grupo que custodia el Museo Nacional de Escultura de Valladolid: una asamblea en torno al cadáver, al que embalsaman y limpian con reverencia, mientras José de Arimatea extrae una espina dirigiéndola al espectador, para indicarle que no atribuya a otros la maldad, pues él también es capaz de cometer el sacrilegio. Con Caravaggio asistimos a la depositación del cuerpo de Cristo en el sepulcro. Una estremecedora losa avanza con su agresiva arista, precisamente para protagonizar la escena. Es la piedra de la Iglesia, la piedra angular sobre que se edifica el mundo de los fieles. Y llega el momento ansioso. Cristo había insistido en otra vida más allá de la presente; era ocasión para poner a prueba su testimonio. Y eso lo dice la *Resurrección*, de Murillo, pues sin la sucesión muerte-resurrección todo el mensaje cristiano caería por su base. Por eso este cuadro constituye la portada del Catálogo. Por la misma razón Juan Bautista Vázquez el Viejo había representado la *Piedad*, es decir, el momento en que María sostiene en sus brazos el cuerpo de su hijo muerto, con paz y sosiego, como quien tiene la certeza de que el cuerpo dormita y no está muerto. Fue una excelente suplencia de la *Piedad* de Miguel Ángel.

El sublime Ausente dejará caer incensamente su gracia sobre el linaje humano; la estancia de Cristo en la tierra fue históricamente temporal, pero su acción se hace permanente. Su mensajero es el Espíritu Santo, que infunde su poder a las almas en la Pentecostés (Zurbarán, Museo Provincial de Cádiz). Pero Cristo, en este peregrinar del

hombre, ya no será físicamente visible; se manifestará en el misterio de la Eucaristía, que es núcleo de la fe. Por eso estaba presente la magna custodia procesional de la Catedral de Córdoba.

Dos poderes participan en la acción descubridora: la Corona española y el Papado. El viaje fue organizado como una empresa exploradora promovida por los Reyes Católicos. Conocer cual era su pensamiento y el de Cristóbal Colón resulta primordial para la formación de un cuerpo de ideas de evangelización. La arriesgadísima expedición descansaba en la confianza que daba una monarquía sólidamente constituida, la de los Reyes Católicos. La corona y el cetro de Isabel la Católica (Capilla Real de Granada) son el símbolo mágico de una autoridad sin la que no hubiera habido ni barcos ni navegantes. Presentes estaban asimismo las efigies orantes de los reyes, según las labró Felipe Vigaray para la Capilla Real de Granada. Mucho se discutió con el futuro descubridor el contenido de las capitulaciones, que quedaron suscritas en Santa Fé, el catorce de abril de 1492. Aunque la expedición se dirigía a Cathay, se daba por hecho que se hallarían tierras. De ahí que se precisaran las exigencias de Colón, que quedaría nombrado Almirante y Virrey y poseería jurisdicción y beneficios económicos.

En efecto, el viaje resultó un éxito y se hallaron tierras, pobladas por hombres. Ahora comenzaba la ocupación del terreno y la relación con los habitantes de las tierras descubiertas. ¿Qué conducta habría de seguirse con éstos? El testamento de Isabel la Católica (Medina del Campo, doce de octubre de 1504) indica lo siguiente: «Encargo y mando a la dicha princesa mi hija y al dicho príncipe su marido... que no consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme... reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados».

Era justo que algo muy íntimo de Cristóbal Colón estuviera en la exposición. Figuraban su carta «De insulis inventis» (15 de febrero de 1493), en la que daba cuenta del descubrimiento; y su testamento, redactado en Valladolid, a 19 de mayo de 1506.

Conocido por los Reyes Católicos el descubrimiento de tierras ultramarinas, pusieron el hecho en conocimiento del Pontífice, a la sazón el español Alejandro VI, sabedores de que el Papado encarnaba la capacidad para conceder el «jus occupandi». Los Papas eran el supremo poder jurisdiccional en el Orbe. Los pontífices anteriormente habían autorizado a los portugueses para ocupar tierras; por esta circunstancia acudían ante ellos los Reyes Católicos. Cinco bulas otorgó Alejandro VI en 1493. La *Inter cetera* de tres de mayo concede a los Reyes Católicos el derecho a ocupar las tierras navegando hacia Occidente, siempre que no hubieran sido ocupadas por un príncipe cristiano. Y la bula del día siguiente establece una línea de separación entre las zonas portuguesa y castellana. Pero aparte de lo que estas bulas representan como arbitraje para evitar conflictos entre España y Portugal, contienen ya la finalidad expresa de la ocupación, cual era evangelizar los territorios, quedando España obligada a enviar misioneros. Del Archivo de Indias procede la Bula de cuatro de mayo, extendida en un pergamino de grandes proporciones, escrito en letra gótica. También estaba presente la Bula *Dudum siquidem*, de 26 de septiembre, mediante la que se ampliaba el dominio de las tierras que se descubrieran. No podía faltar el retrato del Papa Alejandro VI, de perfil, sobre un fondo de brocado.

Al extender la evangelización a tierras americanas, los misioneros actuaban en cumplimiento de un mandato de la Santa Sede. Y se comenzó a cumplir tempranamente,

pues ya en el segundo viaje de Colón iban religiosos, cuyo número creció sucesivamente en las navegaciones posteriores. Los monarcas dan precisas instrucciones acerca de esta actuación religiosa en Ultramar: «Porque nos deseamos que los indios se conviertan a nuestra Santa Fe Católica e sus ánimas se salven, porque es el mayor bien que les podemos desear, para lo cual que sean informados en las cosas de nuestra Santa Fe» (Instrucción de 16 de septiembre de 1501, Granada).

Colón, sin saberlo, había topado con América. La zona descubierta correspondía a las Islas del Caribe. También se tocó el borde de Tierra Firme. Más tarde se emprendió el descubrimiento y conquista de Méjico, seguida por la del Perú. Los exploradores se hallaron ante unas civilizaciones totalmente ignoradas. El descubrimiento fue seguido por la conquista. No debe olvidarse que las propias bulas papales daban por hecho la ocupación; la cuestión era evitar discordias entre los conquistadores portugueses y españoles por un lado, y por otro, extender la religión católica.

Pero América ofrecía un panorama deslumbrador. Una variada gama de culturas se desplegaba ante los ojos del conquistador. En la exposición tuvo acogida una muestra del arte de las civilizaciones americanas. Es indudable la confianza de superioridad cultural de que estaba imbuido el conquistador; pero a eso hay que sumar el señuelo de las riquezas: el mítico Dorado. Este arco iris de prosperidad, basado en el oro y las piedras preciosas, sin duda representó un gran impulso para catapultar a los expedicionarios hacia tierras desconocidas. Por otro lado se juntaba la misión evangelizadora. Conquista y evangelización actuaron a la vez, pero con intenciones bien diferentes, sobre todo en lo que concierne al trato de los naturales. Se iba hacia al «encuentro de otros mundos», pero el hecho se produjo mediante una colisión, porque aunque la fe se predicara pacíficamente, estaban en opuesta discordia los elementos religiosos, incluidos los templos y las imágenes.

De las culturas autóctonas hay que exaltar la monumentalidad de la arquitectura, la concepción geométrica de la forma escultórica, la suntuosidad de la metalistería. Efectos como el del pulimentado de la piedra o de la brillantez del colorido en las pinturas y códices merecen los mayores elogios. Altura estética muy estimable, sobre todo cuando se advierte la ausencia de la rueda y de una verdadera escritura. Desde el punto de vista religioso, llama la atención que la atracción de la benevolencia de los dioses se impetrara mediante sacrificios humanos. Los terribles cuchillos para extraer el corazón en vivo son uno de los más ingratos contrastes en exposiciones donde tanto brilla la belleza de las culturas americanas.

Como muestra de estas culturas, en la exposición figuraban piezas aztecas de Méjico, de las culturas Olmeca, Nicoya y Teotihuacán; el disco para el paso de la pelota, en el famoso juego mejicano; joyas y cerámica del Perú, de Costa Rica, Nicaragua y otros territorios.

En esta comparecencia ha estado presente asimismo la polémica por el «derecho de conquista». Desde el mismo momento en que se inicia la ocupación, nace entre un sector de los ocupantes el escrúpulo por realizar la conquista. Esta conciencia de culpabilidad no ha venido de fuera, ha nacido en la propia mente de los conquistadores. Vasco de Quiroga eleva en 1525 a Carlos V su *Información en Derecho*, en que rechaza la esclavitud. Fue un gran defensor de la causa de los indígenas. Su noble retrato se exhibía en la exposición, provisto de un largo letrero enumerando sus virtudes (Fig.1). El tema de la esclavitud fue abordado por la Santa Sede en la bula *Sublimis Deus* (dos de junio de 1537), declarando



Figura 1.
Anónimo. Retrato del obispo Vasco de Quiroga. Méjico 1737. Instituto Nacional de Antropología.

solemnemente que los indios eran personas libres como los demás y que por ello están capacitados para disponer de bienes legítimos, de suerte que no podían ser blanco de la esclavitud. Esta bula estuvo presente en la exposición, por medio del pergamino con sello pendiente que se conserva en el Archivo de Indias.

Fiscal de la acusación defendiendo los derechos de los naturales de América fue el Padre dominico Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566). La controvertida personalidad del aguerrido fraile quedaba a la vista a través del retrato de la Biblioteca Colombina de Sevilla, en que aparece en actitud de escribir. Se adivina en su reconcentrado semblante el sentido apuntillador de su pluma. Escribió varias obras y contribuyó, poniéndose del lado de los indígenas, a frenar los abusos contra ellos y a ordenar la legislación hacia un trato más benigno con ellos.

Mas los dominicos aportaron un gigante en la defensa de los derechos de los nativos y de los de todo hombre: el padre Francisco de Vitoria. En sus varias obras, pero sobre todo en *De Indis* (1539), proclama la libertad del hombre, manifestada en una serie de derechos,

como el de la dignidad de la persona, la propiedad privada, el repudio de la esclavitud, lo que ha llevado a considerarle, indiscutiblemente, como el fundador del Derecho Internacional.

Estas ideas tienen su respuesta en la actitud del Papa Paulo III (su retrato en la exposición, el del taller de Ticiano existente en la sacristía de la catedral de Toledo). Promulgó en 1537 la bula *Sublimis Deus*, en que se reconoce la plena libertad de los naturales de América, como ya hemos dicho. Pero también se exhibió en la muestra otra disposición de este Papa: el *Pastorale officium* (manuscrito en el Archivo de Indias), Breve dirigido al Cardenal Tavera reafirmando el contenido de la bula antes mencionada.

Las obras escritas por el Padre Fray Bartolomé de las Casas y las varias *Relaciones Teológicas* del Padre Vitoria crearon en España el clima de defensa de la libertad de los naturales de Indias. Del archivo de la Catedral de Palencia se llevó a la exposición un manuscrito de estas *Relaciones*, que comprenden sus lecciones impartidas entre 1543 y 1545. Tuvieron enorme influencia, pues fueron editadas, en Lyon (Francia, 1557) y Salamanca (1565).

La realeza española tomó partido en la defensa de los indios. Era necesaria la presencia iconográfica del Emperador Carlos V (busto de Leone Leoni, Museo del Prado), quien suscribiera en Barcelona el 20 de noviembre de 1542, las *Leyes Nuevas*, en que se revisaron las disposiciones anteriores, suavizando considerablemente el trato que debiera darse a los naturales americanos. Veinte eran las leyes aprobadas por el Emperador en Barcelona; posteriormente puso la firma en otras seis, en Valladolid, el 4 de abril de 1543. Los visitantes tuvieron a la vista el manuscrito de estas *Leyes*, del Archivo de Indias. Entre otras cosas se establece en las leyes lo siguiente: «no se puedan hacer esclavos indios algunos y queremos que sean tratados como vasallos nuestros de la Corona de Castilla, pues lo son...; sean bien tratados e instruidos en las cosas de nuestra Santa Fe Católica y como vasallos nuestros, libres».

La ocupación de América se llevó a cabo, a grandes rasgos, por dos estamentos: el oficial (ejército y administración) y la Iglesia. No se pueden separar radicalmente pero en términos generales puede decirse que la Iglesia actuó como pararrayos de las arbitrariedades y abusos llevados a cabo por el elemento militar y el administrativo.

A través de documentos, planos, pinturas, esculturas y piezas de orfebrería, la exposición ofreció elementos irrefutables de la acción evangelizadora en América; también estuvieron presentes testimonios referentes a las Islas Filipinas, a las que alcanzó la misma acción evangelizadora. Sobresalían las esculturas de marfil, llamadas de estilo hispano-filipino, que llegaban a España siguiendo la ruta de navegación que iba por el Pacífico, desembarcando en el puerto de Acapulco («el navío de Acapulco»), y atravesando Méjico, eran embarcadas en los convoyes que se dirigían a los puertos españoles.

Para titular esta penetración española en América, se utilizó en el Catálogo la palabra *Plantación*, pues es la que usó el historiador Bernal Díaz del Castillo.

La Iglesia utilizó en esta tarea evangelizadora los dos resortes en que reposa su organización: las órdenes religiosas y el clero secular. Monasterios, conventos, colegios de religiosos, por un lado, y parroquias y catedrales, por otro. El arsenal de edificaciones extendidas desde California al río de la Plata constituye un alegato irrefutable de una acción perseverante, alejada de toda tentación de ocasionalidad. ¡Cuántos misioneros murieron en

la travesía o acabaron sus días en el ejercicio de su misión en su nueva patria americana! ¡Cuántos tomaron la pluma para hacer la historia de los países en que actuaban, o regentaban parroquias u ocupaban sedes episcopales! Una nómina distinguidísima de ilustres eclesiásticos, con sus retratos y documentos, que testimifica la eficacia que presidió su obra americana. La exposición llevaba a la contemplación de los visitantes infinidad de testimonios de una acción misionera encauzada por un celo religioso de la mayor pureza. Naturalmente sin esta exhibición de testimonios de poco hubiera servido la muestra, en su deseo de dejar expuesto ante la opinión el comportamiento evangelizador emprendido por españoles y portugueses, pues es preciso decir que había testimonios referentes al Brasil colonizado por éstos

El Papado dictó normas para la creación de diócesis en América en fecha muy temprana. Julio I en virtud de la bula *Universalis Ecclesiae* (28 de julio de 1508) establecía a favor de la Corona el derecho de patronato en las diócesis que se crearan, en virtud del cual quedaba en manos de los Reyes la propuesta de provisión de los obispos. En 1511 se crearon en las islas del Caribe tres diócesis, una de ellas la de Santo Domingo, pero como sufragáneas de la catedral de Sevilla

Pero fue en Méjico donde arraigó con mayor fuerza la expansión evangelizadora. Llegan los franciscanos (1524), los dominicos (1526), los agustinos (1533); retrasándose los jesuitas (1572), si bien habían alcanzado el Perú en 1566.

Las órdenes se distribuyeron el territorio con vistas a no crear problemas de competencia, pero no hay duda de que hubo una sana rivalidad basada en los frutos de la evangelización. Todo se refleja en el arte, pues los conventos franciscanos, dominicos, agustinos, y no digamos los Colegios de la Compañía de Jesús, ofrecen particularidades no digamos estilísticas, pero sí de funcionalidad arquitectónica. Los grandes historiadores de la arquitectura iberoamericana han dejado claramente despejados estos caracteres funcionales de la arquitectura de las órdenes religiosas.

Los territorios de la América Central también fueron objeto de la evangelización, registrándose asimismo un calendario de la llegada de las órdenes. Que hay que considerar en los reinos del Perú un mayor retraso, como lo fue la conquista. Pero abrieron marcha los dominicos, que fundan en 1534 un primer convento en Cuzco. Los mercedarios se introducen en 1535 en San Miguel de Piura. Su protagonismo se extiende a Nueva Granada y Chile. A lo largo de los años, el clero regular y el secular estaba presente en todos los territorios adonde abrieron brecha los exploradores.

Van surgiendo personalidades eclesiásticas, bien por su espíritu de predicación o por su actividad científica en el terreno de la historia o de la filología, en el aspecto sobre todo del vocabulario (bilingüe o trilingüe). De la mayor relevancia es el *Catecismo trilingüe para la instrucción de los indios del Concilio Provincial de Lima de 1583*, impreso en esta ciudad al año siguiente, presentado en el ejemplar de que dispone la Biblioteca Diocesana de Cuenca.

Figura notoria fue Fray Bernardino de Sahagún (nacido en esta población, 1499, fallecido en Méjico en 1590). Predicó entre los indios mejicanos, llegando a dominar su lengua náhuatl, lo que le facultó para escribir la *Historia General de las Cosas de Nueva España*. La escribió en lengua mejicana y él mismo la tradujo posteriormente al castellano. Obra tan trascendental permaneció inédita hasta 1829, pero su texto fue conocido y

aprovechado por otros investigadores. Es pieza literaria y lingüística de trascendental significación, tanto desde el punto de vista religioso como cultural.

Fray Juan de Zumárraga (Durango 1458-Méjico 1538) ingresó en la orden franciscana. En 1533 recibió la consagración como primer obispo de Méjico, alcanzando en 1548 la dignidad de arzobispo de la misma silla. Impulsó la introducción en Nueva España de mujeres piadosas, que se dedicaran a la instrucción de niñas, en orden a que pudieran desposar con españoles, con lo que favorecía un mestizaje bajo el signo de la fe católica. A él se debe asimismo la creación de conventos femeninos en Méjico. Pudo contemplarse el retrato que posee el Museo Nacional de Antropología de Méjico.

Otra figura insigne fue Santo Toribio de Mogrovejo (Mayorga, provincia de Valladolid, 1538-1606). En 1581 llegaba a Lima para hacerse cargo del arzobispado. Reunió en esta ciudad el tercer concilio sinodal, en el que se adoptaron medidas trascendentales, en aplicación de las normas establecidas en el Concilio de Trento. Es el verdadero organizador de la diócesis limeña, tomando a su cargo numerosas visitas pastorales. Su figura estuvo presente, a través de la estatua neoclásica que guarda la iglesia Arzobispal Castrense de Madrid (Fig. 2).

La «plantación» llegó a su esplendor durante los siglos XVII y XVIII. Mientras en Europa los dominios españoles iban a menos, en América se mantuvieron casi íntegros hasta los días de la independencia en el siglo XIX. Esto permitió la consolidación de la tarea evangelizadora. En rigor todos los avatares de la vida religiosa en España se traducían en América; así la persecución de la herejía y la actuación de la Inquisición, realizándose asimismo la expulsión de los Jesuitas en la época de Carlos III, en 1768.

Se produce la evangelización de California, tomando por base los dominios ya consolidados de Méjico. En la evangelización californiana adquiere máxima notoriedad Fray Junípero Serra (Petra, Mallorca, 1713-San Carlos de Monterrey, 1784). El territorio misional que cultivó pertenece actualmente a los Estados Unidos de Norteamérica. Su labor misional dio comienzo en 1769. En la exposición podía contemplarse el cuadro realizado por el pintor Mariano Guerrero, en que se le ve distribuyendo la comunión a sus hermanos de religión, los franciscanos y el pueblo. Un mapa dibujado en 1787 por Diego Troncoso puntualiza las misiones fundadas por Fray Junípero. Su fama trascendió de tal suerte, que en 1787, tres años después de su muerte, salía de las prensas de Méjico el libro de Francisco Palou, en que se describe la vida y la obra misional del eximio franciscano mallorquín.

San Pedro Claver (Verdu, Lérida, 1580-Cartagena de Indias, 1664) realizó magnífica labor apostólica en Colombia. Ingresado en la Compañía de Jesús, realizó su ministerio en Tunja, Cartagena de Indias y Bogotá. Su noble semblante destila modestia en el retrato que guarda el Museo San Alonso Rodríguez de Palma de Mallorca. En Cartagena de Indias halló razón para su ministerio en la defensa de la nutrida población negra sometida a esclavitud. Dos cuestiones se presentaban: el supuesto derecho a la esclavitud y el trato dispensado a los esclavos. De tal suerte se convirtió en defensor de los negros, que se le llama el «apóstol de los esclavos»). Siguiendo la metodología iniciada en esta zona por el Padre Saldoval, basó la evangelización de los negros en el conocimiento de sus lenguas, de suerte que también el Santo debe ser invocado entre los cultivadores de la filología orientada a la enseñanza.



Figura 2.
Anónimo. Estatua de Santo Toribio
de Mogrovejo. Iglesia Arzobispal
Castrense. Madrid.

También fueron recordados en la exposición los prelados. En Méjico desarrolló activa misión Juan de Palafox (Fitero, Navarra, 1600-1659). Presentado por Felipe IV para el obispado de Puebla de los Ángeles (Méjico), lo ocupó desde 1639. En Méjico acometió la fundación de varios colegios y del convento de dominicas de Santa Inés de Montepulciano y auspicó la construcción de numerosos templos. En la exposición figuraron un manuscrito suyo, titulado *Confesión y confusión de un pobre y miserable pecador*, y el cuadro de Mariano Salvador Maella que representa la aparición de la Virgen al obispo Palafox, dignidad que alcanzó al regresar a España, para regentar la sede del Burgo de Osma.

Arzobispo de Lima llegó a ser Don Diego Morcillo Rubio (Villarrobledo, 1642-1730). Un cuadro anónimo del siglo XVII (Monasterio de Bernardas, Villarrobledo, Albacete) le muestra sedente, junto a su secretario. En la mesa se aprecian tres mitras, indicadoras de las prelacías desempeñadas en América. Perteneció a la orden trinitaria, habiendo desempeñado asimismo interinamente el cargo de virrey. La tarjeta del retrato enumera todos sus cargos.



Figura 3.
Anónimo. *Nuestra Señora de Chiquinquirá. Madres Carmelitas*. Baeza (España).

Francisco Antonio Lorenzana y Butrón (León, 1722-Roma, 1804) representa la dignidad eclesiástica en su grado más elevado y en clara connivencia con la Ilustración. Testimonia la alta categoría del clero enviado a América. A través de los centros universitarios de Salamanca y Oviedo alcanzó una formación teológica, jurídica y humanística en su más alto grado. Ya en plena madurez, es propuesto por Carlos III para el arzobispado de Méjico en 1766. Su labor en esta ciudad ofrece una amplia gama de actividades: reforma de los conventos femeninos, publicación de las actas de los concilios provinciales, composición de libros de gramática para indígenas, mejora de las condiciones de vida de los nativos. Su formación ilustrada explica que se interesara asimismo por el urbanismo y la higiene de las poblaciones. Regreso a España en 1772 para ocupar el arzobispado de Toledo. Defendió el regalismo y eso le propició la elevación de su dignidad hasta la de Cardenal. Diego Santiago Palomares es el autor del retrato que posee la Biblioteca Pública de Toledo que estuvo presente en la muestra.

También por su carácter ilustrado merece recordarse la figura de Don Alonso Núñez de Haro, natural de Villagarcía del Llano (Cuenca). Pasó a Méjico, donde ocupó el arzobispado. Fue temporalmente virrey. Sus preocupaciones científicas le llevaron a nombrar una comisión científica con motivo del «paso del Cometa», hecho astronómico de la mayor relevancia. Se preocupó por la enseñanza, sobre todo la de los niños expósitos. Creó en Méjico un Colegio para instrucción y retiro del clero secular.

Fue recordada la evangelización del Brasil a través de la figura de José de Anchieta (La Laguna, Tenerife, 1534-1597). Pasó tempranamente a Coimbra, estudiando en su universidad. Razones de salud le aconsejaron el paso a Brasil, donde desembarcó con otros jesuitas en Bahía de Todos los Santos, en 1553. Apreció que era fundamental el conocimiento idiomático y por tal razón estudió con ahinco la lengua tupí-guaraní, en la

que escribiría un catecismo para uso de los indígenas. Fue de tal suerte una misión provechosa, que es considerado como el apóstol del Brasil. Concurrió a la exposición una carta escrita en 1554 a San Ignacio de Loyola.

Otras órdenes religiosas aplicadas en ocupaciones benéficas se instalaron en América. Destaca la orden hospitalaria de San Juan de Dios, que llega a Cartagena de Indias en 1596. Fundaciones de la orden se fijaron en numerosos puntos de Méjico, Colombia, Perú, Cuba, etc. En una pintura de la escuela de Cuzco podía verse el habitual tema de San Juan de Dios cargando con el cuerpo de un enfermo.

El arte fue el gran vehículo de la evangelización. Advocaciones populares se reflejaron especialmente en pinturas, que viajaron entre España y América. La sevillana Virgen de la Antigua menudeó en América; pero en reciprocidad en España tuvo gran boga el culto a Nuestra Señora de Guadalupe. La famosísima Virgen guadalupana está presente en España a través de muchos cuadros remitidos desde Méjico. A la exposición concurrió una excelente pintura, de gran tamaño, perteneciente al convento de Santa Clara de Palencia. En Colombia se venera la Virgen de Chiquinquirá, de la que se conserva en las Madres Carmelitas de Baeza un excelente cuadro del siglo XVII (Fig. 3). Nuestra Señora se halla entre San Antonio y San Andrés. Gran propagación alcanzó en España el culto a la Virgen de Copacabana (Bolivia). Como es sabido la imagen labrada por el indio Francisco Tito Yupanqui alcanzó tal nombradía que su culto se impuso en una gran extensión, propagándose a España. En 1771 fue regalado por el virrey del Perú al convento de Clarisas de Najera (La Rioja) un retablo de plata y estuco.

La exposición se ha beneficiado de la enorme cantidad de obras de arte fabricadas en América: que los devotos remitieron como recuerdo al lugar de su nacimiento. Entre estos objetos hay preciosidades en platería, como el frontal mejicano de la Colegiata de Santillana del Mar.